

III

Fáltame decir ahora por qué, en un libro de economía política, he debido tomar por punto de partida la hipótesis fundamental de toda filosofía.

He tenido ante todo necesidad de la hipótesis de Dios para fundar la autoridad de la ciencia social.— Cuando el astrónomo, para explicar el sistema del mundo, apoyándose exclusivamente en la experiencia, supone, con el vulgo, abovedado el cielo, la tierra plana, el sol del tamaño de un globo, describiendo en el aire una curva de Oriente á Occidente, supone la infalibilidad de los sentidos, reservándose rectificar más tarde, á medida que la observacion se lo permite, el dato de que se vé obligado á partir. Depende esto de que la filosofía astronómica no podía admitir *à priori* que los sentidos nos engañasen ni que viésemos lo que no vemos: ¿qué vendría á ser, despues de sentarse un principio tal, la certidumbre de la astronomía? Pero pudiendo, en ciertos casos, los datos de los sentidos ser rectificadoss y completados por los sentidos mismos, permanece firme la autoridad de los sentidos, y la astronomía es posible.

La filosofía social no admite tampoco *à priori* que la humanidad pueda en sus actos engañar ni ser engañada: sin esto, ¿qué vendría á ser tampoco la autoridad del género humano, es decir, la autoridad de la razon, sinónima en el fondo de la soberanía del pueblo? Cree, empero, la filosofía social que los juicios humanos, siempre verdaderos en lo que tienen de actual y de inmediato, se pueden completar y aclarar sucesivamente los unos á los otros á medida que se van adquiriendo ideas, de manera que se vaya

siempre poniendo la razon general de acuerdo con la especulacion individual, y se extienda indefinidamente la esfera de la certidumbre: lo cual es afirmar siempre la autoridad de los juicios humanos.

Ahora bien, el primer juicio de la razon, el preámbulo de toda constitucion política que busca una sancion y un principio, es necesariamente esta: *hay un Dios*; lo cual equivale á decir: la sociedad está gobernada con consejo, premeditacion, inteligencia. Este juicio, que excluye el mal, es el que hace posible una ciencia social: y, no hay por qué dudarle, todo estudio histórico y positivo de los hechos sociales, emprendido con un objeto de mejora y de progreso, debe empezar por suponer con el pueblo la existencia de Dios, salvo siempre el darse más tarde cuenta de este juicio.

Así la historia de las sociedades no es ya para nosotros sino una larga determinacion de la idea de Dios, una revelacion progresiva del destino del hombre. Y al paso que la sabiduría antigua lo hacía depender todo de la accion arbitraria y fantástica de la divinidad, oprimiendo la razon y la conciencia, y deteniendo el movimiento con el terror de un soberano invisible; la nueva filosofía, invirtiendo el método, destrozando la autoridad de Dios del mismo modo que la del hombre, y no aceptando otro yugo que el del hecho y la evidencia, lo hace converger todo hácia la hipótesis teológica, por considerarla como el último de sus problemas.

El ateismo humanitario es, pues, el último término de la emancipacion moral é intelectual del hombre, y por consiguiente la última fase de la filosofía, que sirve de paso para la reconstruccion ó verificacion científica de todos los dogmas demolidos.

Necesito de la hipótesis de Dios, no sólo, como acabo de decir, para dar sentido á la historia, sino

también para legitimar las reformas que hay que hacer en el Estado á nombre de la ciencia.

Ya consideremos á Dios como exterior á la sociedad, cuyos movimientos modera desde lo alto (opinion del todo gratuita y muy probablemente ilusoria); ya le reputemos inmanente en la sociedad é idéntico á esa razon impersonal y sin conciencia de sí misma, que como un instinto hace marchar la civilizacion (aunque la impersonalidad y la ignorancia de sí mismo repugnan á la idea de inteligencia); ya creamos, por fin, que cuanto sucede en la sociedad resulta de la relacion de sus elementos (sistema cuyo mérito consiste todo en cambiar un activo en pasivo, en convertir la inteligencia en necesidad, ó, lo que viene á ser lo mismo, en tomar la ley por la causa); tendremos siempre, que presentándosenos necesariamente las manifestaciones de la actividad social, ó como signos de la voluntad del Sér Supremo, ó como una especie de lenguaje típico de la razon general é impersonal, ó por fin, como linderos de la necesidad, no dejarán esas manifestaciones de ser siempre para nosotros de una autoridad absoluta. Estando tan encadenada su série en el tiempo como en el espíritu, los hechos realizados determinan y legitiman los por realizar; la ciencia y el destino están de acuerdo; procediendo cuanto sucede de la razon, y no juzgando la razon sino por la experiencia de lo que sucede, tiene derecho la ciencia á participar del gobierno, y lo que establece su incompetencia como consejo, justifica su intervencion como soberano.

La ciencia, calificada, reconocida y aceptada por el voto de todos como divina, es la reina del mundo. Así, gracias á la hipótesis de Dios, toda oposicion conservadora ó retrógrada, toda excepcion dilatoria propuesta por la teología, la tradicion ó el egoismo, queda perentoria é irrevocablemente descartada.

Tengo además necesidad de la hipótesis de Dios para manifestar el lazo que une la civilizacion con la naturaleza.

En efecto, esta admirable hipótesis, por la cual el hombre se asimila á lo absoluto, implicando como implica la identidad de las leyes de la naturaleza y las de la razon, nos permite que veamos en la industria humana el complemento de la creacion, hace solidarios el hombre y el globo en que habita, y en los trabajos de explotacion de este patrimonio en que nos ha colocado la Providencia, patrimonio que es hasta cierto punto obra nuestra, nos hace concebir el principio y el fin de todas las cosas. Si, pues, la humanidad no es Dios, continúa á Dios: lo que hoy la humanidad, hablando en otro estilo, hace reflexivamente, es lo mismo que empezó á hacer por instinto, y la naturaleza parece hacer por necesidad. En todos estos casos, y cualquiera que sea la opinion que se escoja, una cosa permanece indudable, la unidad de accion y de ley. Séres inteligentes, actores de un drama desarrollado con inteligencia, podemos deducir atrevidamente de nosotros mismos el Universo y el Eterno, y cuando hayamos organizado definitivamente entre nosotros el trabajo, decir con orgullo: La creacion está explicada.

Así el campo de exploracion de la filosofia se encuentra determinado; la tradicion es el punto de partida de toda especulacion sobre lo futuro; la utopia está para siempre jamás descartada; el estudio del yo, trasladado de la conciencia del individuo á las manifestaciones de la voluntad social, adquiere el carácter de objetividad de que habia hasta aquí carecido; y hecha la historia psicológica, la teología antropológica, y las ciencias naturales metafísicas, no se deduce ya la teoría de la razon de la vacuidad de nuestro intelecto, sino de las innumerables for-

mas de una naturaleza amplia y constantemente observable.

Necesito tambien de la hipótesis de Dios á fin de atestiguar mi buena voluntad para con una multitud de sectas, de cuyas opiniones no participo, pero cuyos rencores temo: — para con los deistas, porque de tal sé que por la causa de Dios estaria dispuesto á tirar de la espada, y como Robespierre haria jugar la guillotina hasta destruir el último ateo, sin sospechar siquiera que ese ateo fuese él mismo; — para con los místicos, cuyo partido, compuesto en gran parte de estudiantes y de mujeres, marchando á la sombra de las banderas de Lamennais, Quinet, Leroux y otros, ha tomado por mote: *Tal amo, tal criado*; tal Dios, tal pueblo; y, para arreglar el salario de un obrero, empieza por restaurar la religion; — para con los espiritualistas, porque si desconociese los derechos del espíritu me acusarian de fundar el culto de la materia, contra el cual protesto con todas las fuerzas de mi alma; — para con los sensualistas y materialistas, para los cuales el dogma divino es el símbolo de la represion y el principio de la servidumbre de las pasiones, fuera de las cuales, dicen, no hay para el hombre ni placer, ni virtud, ni género; — para con los eclécticos y los escépticos, liberos-editores de todos los viejos sistemas filosóficos, que, sin embargo, no filosofan y están coaligados en una vasta cofradía, con aprobacion y privilegio del gobierno, contra todo el que piensa, cree ó afirma sin su permiso; — para, por fin, con los conservadores, los retrógrados, los egoistas y los hipócritas, que predicán el amor de Dios por odio al prójimo, y desde el diluvio están acusando á la libertad de las desgracias del mundo, y calumniando la razon por el despecho que su propia nulidad les inspira.

¿Sería, pues, posible que se condenara una hipótesis que, léjos de blasfemar de los venerados fantasmas de la fé, no aspira sino á presentarlos á la luz del dia; en vez de rechazar los dogmas tradicionales y los prejuicios de la conciencia, trata tan sólo de verificarlos; y, sin por esto dejarse llevar de opiniones exclusivas, toma por axioma la infalibilidad de la razon, y, gracias á tan fecundo principio, no ha de concluir jamás contra ninguna de las sectas antagonistas? ¿Sería posible que los conservadores religiosos y políticos me acusasen de turbar el orden de las sociedades, cuando parto de la hipótesis de una inteligencia suprema, fuente de todo sentimiento de orden; que los demócratas semi-cristianos me maldijesen como enemigo de Dios, y por consiguiente, como traidor á la República, cuando busco el sentido y el contenido de la idea de Dios; que los mercaderes universitarios, finalmente, me imputasen á impiedad la demostracion del ningun valor de sus productos filosóficos, precisamente cuando sostengo que hay que estudiar la filosofía en su objeto, es decir, en las manifestaciones de la sociedad y de la naturaleza?.....

Necesito aún de la hipótesis de Dios para justificar mi estilo.

Ignorante como estoy de todo lo que toca á Dios, al mundo, al alma, al destino; obligado á proceder como el materialista, por la observacion y la experiencia, y á expresar mis conclusiones en el lenguaje de los fieles, porque no existe otro; no sabiendo si mis fórmulas, á mi pesar teológicas, deben ser tomadas en sentido propio ó en sentido figurado; habiendo de pasar en esa perpétua contemplacion de Dios, del hombre y de las cosas, por la sinonimia de todos los términos que abrazan las tres categorías del pensamiento, la palabra y la accion, y no que-

riendo con todo afirmar nada ni por un lado ni por otro: exigía el rigor de la dialéctica que supusiese, ni más ni menos, esa incógnita que se llama Dios. Estamos llenos de la divinidad, *Jovis omnia plena*; nuestros monumentos, nuestras tradiciones, nuestras leyes, nuestras ideas, nuestras lenguas y nuestras ciencias, todo está infectado de esa indeleble superstición, fuera de la cual no podemos hablar ni obrar, y sin la cual ni siquiera pensamos.

Tengo, por fin, necesidad de la hipótesis de Dios para explicar la publicación de esas nuevas Memorias.

Nuestra sociedad se siente preñada de acontecimientos y está inquieta por su porvenir: ¿cómo dar razón de esos vagos presentimientos con la sola ayuda de una razón universal, inmanente y permanente, si se quiere, pero impersonal y por consecuencia muda; ó bien con la idea de una necesidad, si implica contradicción que la necesidad se conozca, y tenga por lo tanto presentimientos? Aquí, pues, no queda áun más que la hipótesis de un agente ó incubo, que pesa sobre la sociedad y le dá visiones.

Ahora bien, cuando la sociedad profetiza, se pregunta por boca de unos y se contesta por boca de otros. Y dichoso y sabio entónces el que sabe escuchar y comprender, porque ha hablado Dios mismo, *quia locutus est Deus*.

La Academia de Ciencias morales y políticas ha propuesto la cuestión siguiente:

Determinar los hechos generales que arreglan las relaciones de los beneficios con los salarios, y explicar sus oscilaciones respectivas.

Hace algunos años preguntaba la misma Academia: *¿Cuáles son las causas de la miseria?* Nace esto de que el siglo XIX no tiene más que un pensamiento: igualdad y reforma. Pero el espíritu sopla donde me-

por le parece: pusiéronse muchos á estudiar la cuestión, y no contestó nadie. El colegio de los arúspices ha repetido por lo tanto su pregunta en términos más significativos. Quiere saber si reina el orden en el taller, si son equitativos los salarios, si la libertad y el privilegio están justamente compensados, si la noción de valor, que determina los hechos todos del cambio, es en las formas bajo que la han presentado los economistas suficientemente exacta, si el crédito protege el trabajo, si la circulación es regular, si las cargas de la sociedad pesan por igual sobre todos los ciudadanos, etc., etc.

Y en efecto, teniendo la miseria por causa inmediata la insuficiencia del producto del trabajo, conviene saber cómo, fuera de los casos de desgracia ó mala voluntad, es insuficiente el producto del trabajo del obrero. Es esta siempre la misma cuestión sobre la desigualdad de fortunas que tanto ruido metió hace un siglo, y por una extraña fatalidad se reproduce incesantemente en los programas académicos, como si ahí estuviese el verdadero nudo de los tiempos modernos.

La igualdad, pues, su principio, sus medios, sus obstáculos, su teoría, los motivos de que se la aplace, la causa de las iniquidades sociales y providenciales: esto es lo que hay que explicar al mundo, á pesar de los sermones de los incrédulos.

Sé bien que las miras de la Academia no son tan profundas, y tiene horror á lo nuevo al igual de un concilio; pero cuanto más se vuelve hácia lo pasado más nos refleja el porvenir, y más, por consiguiente, debemos creer en su inspiración; porque los verdaderos profetas son los que no comprenden lo que anuncian. Escuchad ante todo:

¿Cuáles son, ha dicho la Academia, las más útiles aplicaciones que pueden hacerse del principio de la

asociacion voluntaria y privada para el alivio de la miseria?

Y despues :

Exponer la teoria y los principios del contrato de seguros, hacer su historia, y deducir de la doctrina de los hechos el desarrollo de que sea susceptible este contrato, y las diversas aplicaciones útiles que de él puedan hacerse en el estado de progreso en que se encuentran actualmente nuestro comercio y nuestra industria.

Conviene los publicistas en que el seguro, forma rudimentaria de la asociacion comercial, es una asociacion en las cosas, *societas in re*, es decir, una sociedad cuyas condiciones, fundadas en relaciones puramente económicas, escapan á la arbitrariedad del hombre. De suerte que una filosofia del seguro ó de la garantía mútua de los intereses, que se dedujese de la teoria general de las sociedades reales, *in re*, contendria la fórmula de la conciencia universal, en que no cree ningun académico. Y cuando, reuniendo en un mismo punto de vista el sugeto y el objeto, pide la Academia, al lado de una teoria sobre la asociacion de los intereses, otra sobre la asociacion voluntaria, nos revela lo que ha de ser la sociedad más perfecta, y afirma por ahí todo lo más contrario á sus convicciones. ¡Libertad, igualdad, solidaridad, asociacion! ¿Por qué inconcebible yerro un cuerpo tan eminentemente conservador ha propuesto á los ciudadanos ese nuevo programa de los derechos del hombre? Así Caifás profetizaba la redencion negando á Jesucristo.

Sobre la primera de estas cuestiones ha recibido la Academia, en dos años, cincuenta y cinco memorias: prueba de que el tema estaba maravillosamente acomodado al estado de los ánimos. Pero no habiendo sido ninguna considerada digna de premio, la Aca-

demia ha retirado la cuestion, alegando la insuficiencia de los concurrentes, pero en realidad porque no habiéndose propuesto otro objeto que el que el concurso no tuviera éxito, le convenia, sin esperar más, declarar desnudas de fundamento las esperanzas de los partidarios de la asociacion.

Así pues, esos señores de la Academia desmienten en su salon de sesiones lo que han anunciado desde el trípode. No me admira una contradiccion tal, y libreme Dios de imputárseles á crimen. Creian los antiguos que las revoluciones se anunciaban con signos espantosos, y que entre otros prodigios los animales hablaban. Era esta una figura con la que designaban esas ideas repentinas y esas palabras extrañas que circulan de improviso por las masas en los momentos de crisis, y parecen haber venido sin antecedentes humanos: tanto se apartan del círculo del juicio comun. En la época en que vivimos no podia dejar de reproducirse el fenómeno. Despues de haber proclamado la asociacion, por un instinto fatídico y una espontaneidad maquinal, *pecudesque locuta*, esos señores de la Academia de Ciencias morales y políticas han recobrado su prudencia de costumbre, viniendo la rutina á desmentir su inspiracion. Sepamos, pues, discernir los avisos del cielo de los juicios interesados de los hombres, y tengamos por cierto que en los discursos de los sabios, lo principalmente indudable, es aquello en que ha tenido ménos parte su reflexion.

La Academia, con todo, rompiendo tan bruscamente con sus instituciones, parece haber sentido remordimientos. En lugar de una teoria de la asociacion en que cuando reflexiona no cree, pide un *Exámen crítico del sistema de instruccion y de educacion de Pestalozzi, considerado principalmente en sus relaciones con el bienestar y la moralidad de las clases*

pobres. ¿Quién sabe? puede que la relacion de los beneficios á los salarios, la asociacion, la organizacion del trabajo, parezcan al fin en el fondo de un sistema de enseñanza. La vida del hombre, ¿no es acaso un perpétuo aprendizaje? La filosofía y la religion, ¿no constituyen acaso la educacion de la humanidad? Organizar la instruccion sería por lo tanto organizar la industria y hacer la teoría de las sociedades: la Academia, en sus intervalos lúcidos, vuelve siempre á esta misma idea.

¿Qué influencia ejercen sobre la moralidad de un pueblo, habla aún la Academia, los progresos y el gusto por el bienestar material?

Tomada en su más notorio sentido, esa nueva cuestion de la Academia es banal y propia á lo más para ejercitar las facultades de un retórico. Pero la Academia, que ha de ignorar hasta el fin el sentido revolucionario de sus oráculos, ha descornado la cortina en su glosa. ¿Qué cosas tan profundas habrá visto en esa tesis epicúrea?

«El gusto por el lujo y los goces, nos dice, el singular amor que por ellos siente la mayor parte de los hombres, la tendencia de las almas y la inteligencia á no preocuparse de otra cosa, el acuerdo entre los particulares y el ESTADO para hacer de ellos el móvil y el objeto de todos sus proyectos, de todos sus esfuerzos y de todos sus sacrificios, engendran sentimientos generales é individuales que, buenos ó nocivos, son principios de accion quizá más poderosos que los que en otros tiempos han dominado á los hombres.»

No se habia jamás ofrecido á los moralistas mejor coyuntura para denunciar el sensualismo del siglo, la venalidad de las conciencias y la corrupcion erigida en medio de gobierno; mas en lugar de esto, ¿qué hace la Academia de Ciencias morales? Con la

más automática calma del mundo establece una série en que el lujo, proscrito durante tanto tiempo por los estoicos y los ascetas, esos maestros de santidad, ha de aparecer á su vez como un principio de conducta tan legítimo, tan puro y tan grande como todos los invocados en otro tiempo por la religion y la filosofía. Determinad, nos dice, los móviles de accion (sin duda ya viejos y gastados) á que sucede providencialmente en la historia el DELEITE; y por los resultados de los primeros, calculad los efectos del último. Probad, en una palabra, que Aristipo no ha hecho más que adelantarse á su siglo, y que su moral debia tener su dia de triunfo, como la de Zenon y la de A. Kempis.

Tenemos, pues, que entendémosla con una sociedad que no quiere ya ser pobre; que se burla de todo lo que le fué un tiempo querido y sagrado, la libertad, la religion y la gloria, ínterin no tiene la riqueza; que para obtenerla arrostra toda clase de afrentas y se hace cómplice de toda clase de bajezas; y sin embargo, esa ardiente sed de placeres, esa irresistible voluntad de llegar al lujo, síntoma de un nuevo período de la civilizacion, es el supremo mandato en cuya virtud hemos de trabajar por la expulsion de la miseria: nos lo dice así la Academia. ¿Qué vienen á ser despues de esto el precepto de la expiacion y de la abstinencia, la moral del sacrificio, de la resignacion y de la afortunada medianía? ¡Qué manera de desconfiar de las compensaciones celestiales en otra vida, y que mentís al Evangelio! Y sobre todo, ¡qué manera de justificar un gobierno que ha tomado la llave de oro por sistema! ¿Cómo hombres religiosos, cristianos, Sénecas, han podido proferir de una vez tantas máximas inmorales?

La Academia, completando su pensamiento, vá á contestarnos.

Demostrad cómo los progresos de la justicia crimi-

nal, en la persecucion y el castigo de los atentados contra las personas y las propiedades, siguen y marcan las épocas de la civilizacion desde el estado salvaje hasta el de los pueblos más cultos.

¿Se cree que los criminalistas de la Academia de Ciencias morales han previsto la conclusion de sus premisas? El hecho que se trata de estudiar en cada uno de sus períodos, é indica la Academia con las palabras *progresos de la justicia criminal*, no es otra cosa que la progresiva blandura que se manifiesta, ya en la forma de los procedimientos criminales, ya en la penalidad, á medida que la civilizacion aumenta en libertad, luz y riqueza. De suerte que siendo el principio de las instituciones represivas inverso de todos los que constituyen el bienestar de las sociedades, hay una constante eliminacion de todas las partes constitutivas del sistema penal, así como de todo el aparato judicial; y la última conclusion de ese movimiento es que ni el terror ni los suplicios son la sancion del orden, y por consecuencia, ni la religion ni el infierno.

¡Qué trastorno tan considerable de las ideas hasta aquí admitidas! ¡Qué negacion tan absoluta de todo lo que tiene la tarea de defender la Academia de Ciencias morales y políticas! Mas si la sancion del orden no está ya en el temor de un castigo que hay que sufrir, ya en esta, ya en otra vida, ¿dónde están las garantías protectoras de las personas y de las propiedades? ó por mejor decir, sin instituciones represivas, ¿qué vá á ser de la propiedad? y sin la propiedad, ¿qué vá á ser de la familia?

La Academia, que no sabe nada de todo esto, responde sin afectarse:

Trazadme las diversas fases por que ha pasado en Francia la organizacion de la familia, desde los tiempos antiguos hasta nuestros dias.

Lo cual significa: Determinad por los anteriores progresos de la organizacion de la familia las condiciones de existencia de la misma, dadas la igualdad de fortunas, la asociacion voluntaria y libre, una solidaridad universal, el bienestar físico y el lujo, el orden público sin cárceles, jurado, policia ni verdugos.

No faltará, tal vez, quien extrañe que despues de haber puesto en tela de juicio, al par de los más audaces innovadores, todos los principios del orden social, la religion, la familia, la propiedad, la justicia, no haya la Academia de Ciencias morales y políticas propuesto tambien este problema: *¿Cuál es la mejor forma de gobierno?* El Gobierno es, en efecto, para la sociedad la fuente de que dimana toda iniciativa, toda garantía, toda reforma. Era, pues, interesante saber si el Gobierno, tal como está formulado en la Constitucion, bastaba para la solucion práctica de las cuestiones de la Academia.

Pero seria conocer mal los oráculos, imaginarse que proceden por induccion y análisis. Precisamente porque el problema político era una induccion ó corolario de las demostraciones que deseaba, no podia la Academia hacerlo objeto de un concurso. Una conclusion tal le habria abierto los ojos, y sin esperar las memorias de los concurrentes se habria apresurado á suprimir por entero su programa. La Academia ha vuelto á tomar la cuestion de más arriba, y se ha dicho:

Las obras de Dios son bellas por su propia esencia, *justificata in semetipsa*: son verdaderas, en una palabra, porque son suyas. Los pensamientos del hombre se parecen á espesos vapores, cruzados por largos y estrechos relámpagos: *¿Qué es, pues, la verdad con relacion á nosotros mismos, y cuál es el carácter de la certidumbre?*

Lo cual es como si la Academia nos dijera: Verifi-

careis la hipótesis de vuestra existencia, la hipótesis de la Academia que os interroga, la hipótesis del tiempo, del espacio, del movimiento, del pensamiento y de las leyes del pensamiento. Y luego verificareis la hipótesis del pauperismo, la hipótesis de la desigualdad de condiciones, la hipótesis de la asociación universal, la hipótesis de la felicidad, la hipótesis de la monarquía y de la república, la hipótesis de una providencia.

Esto es toda una crítica de Dios y del género humano.

Apelo al programa de tan respetable compañía: no soy yo quien he fijado las condiciones de mi trabajo, sino la Academia de Ciencias morales y políticas. ¿Y cómo he de poder yo llenar estas condiciones si no estoy tampoco dotado de infalibilidad, en una palabra, si no soy Dios ó adivino? La Academia admite, por lo que se vé, que la divinidad y la humanidad son idénticas, ó por lo ménos, correlativas; pero se trata de saber en qué consiste esa correlación: tal es el sentido del problema de la certidumbre: tal es el objeto de la filosofía social.

Así pues, en nombre de la sociedad que Dios inspira, una Academia interroga.

En nombre de la misma sociedad, yo soy uno de los videntes que van á ver si contestan. Inmensa es la tarea y no me prometo acabarla; pero iré hasta donde Dios me permita. Cualesquiera que sean con todo mis palabras, no proceden de mi inteligencia: el pensamiento que hace correr mi pluma no me es personal, y no me es imputable nada de lo que escriba. Contaré los hechos todos como los haya visto; los juzgaré por lo que de ellos haya escrito; llamaré cada cosa por su nombre más enérgico, y nadie podrá darse por ofendido. Examinaré libremente y por las reglas de adivinación que he aprendido, qué es

lo que exige de nosotros el consejo divino que nos viene en estos momentos por la boca elocuente de los sábios, y los inarticulados acentos del pueblo; y aún cuando niegue todas las prerogativas consagradas por nuestra constitución, no seré faccioso. Señalaré con el dedo á dónde nos empuja el invisible aguijón, y no serán irritantes ni mi acción ni mis palabras. Provocaré la nube, y aún cuando haga caer de ella el rayo, seré inocente. En esta información solemne á que me incita la Academia, tengo algo más que el derecho de decir la verdad; tengo el derecho de decir lo que pienso: ¡ojalá que mi pensamiento, la manera de expresarlo y la verdad, sean siempre una misma cosa!

Y tú, lector, porque no hay escritor sin lectores; tú entras por la mitad en mi obra. Sin tí, yo no soy más que un bronce sonoro; con el favor de tu atención, diré maravillas. ¿Ves ese torbellino que pasa y se llama SOCIEDAD, torbellino de que brotan con terrible brillo y estruendo relámpagos, truenos, voces? Quiero hacerte tocar con el dedo los ocultos resortes que la mueven; mas para esto es preciso que te reduzcas, cuando te lo mande, al estado de pura inteligencia. Los ojos del amor y del placer son impotentes para reconocer la belleza en un esqueleto, la armonía en entrañas expuestas al aire, la vida en una sangre negra y coagulada: así los secretos del organismo social son letra muerta para el hombre cuyo cerebro esté ofuscado por sus pasiones y sus preocupaciones. Sublimidades tales no se hacen visibles sino en medio de una silenciosa y fría contemplación. Permíteme, pues, que ántes de abrir á tu vista las hojas del libro de la vida, prepare tu alma por medio de esa purificación escéptica que reclamaron en todos tiempos de sus discípulos los grandes maestros de los pueblos, Sócrates, Jesucristo, San

Pablo, San Remigio, Bacon, Descartes, Galileo, Kant, etc.

Quien quiera que tú seas, ora vayas cubierto con los harapos de la miseria, ora vestido con los suntuosos trajes del lujo, te restituyo á esa luminosa desnudez que no empañan ni los humos de la opulencia, ni los tósigos de la envidiosa pobreza. ¿Cómo persuadir al rico á que la diferencia de condiciones procede de un error de cuenta, ni cómo el pobre en su miseria podrá creer que el propietario posee de buena fé? Enterarse de los sufrimientos del trabajador es para el ocioso la más insoportable de las distracciones, del mismo modo que hacer justicia al afortunado es para el miserable el más amargo de los brevajes.

¿Estás tú constituido en dignidad? yo te destituyo y te hago de nuevo libre. Hay demasiado optimismo bajo ese uniforme de ordenanza, demasiada subordinación, demasiada pereza. La ciencia exige la insurrección del pensamiento, y el pensamiento del alto empleado es su sueldo.

Tu novia, bella, apasionada, artista, no está, me complazco en creerlo, sino enamorada de tí. Esto quiere decir que tu alma, tu ingenio, tu conciencia, han pasado al más encantador objeto de lujo que la naturaleza y el arte hayan producido para eterno suplicio de los fascinados mortales. Te separo de esa divina mitad de tí mismo, porque es hoy demasiado querer la justicia y amar á una mujer. Para pensar con claridad y grandeza, es preciso que el hombre desdoble su naturaleza y quede bajo su hipóstasis masculina. Por otra parte, en el estado en que te he puesto, tu novia no te conocería: acuérdate de la mujer de Job:

¿Qué religion es la tuya?... Olvida tu fé y hazte, por sabiduría, ateo.—¡Cómo! dirás, ¿ateo á pesar de

tu hipótesis?—No á pesar, sino á causa de mi hipótesis. Es preciso haber tenido largo tiempo el pensamiento levantado por encima de las cosas divinas para gozar del derecho de suponer una personalidad más allá del hombre, una vida más allá de esta vida. Por lo demás, no temas por tu salvación. Dios no se enoja contra el que le desconoce por efecto de su razón, como no se acuerda del que le adora sobre palabra ajena; y en el estado de tu conciencia, lo más seguro para tí es no pensar nada de Dios. ¿No ves que sucede con las religiones como con los gobiernos, y la más perfecta sería, por lo tanto, la negación de todas? No se deje, pues, cautivar tu alma por ninguna fantasía política ni religiosa: no existe otro medio para no ser hoy ni renegado ni víctima. ¡Ah! decia yo en los días de mi entusiasta juventud, ¿será posible que no oiga tocar á las segundas vísperas de la República, ni cantar á la manera dórica por nuestros sacerdotes, vestidos de blancas túnicas, el himno del regreso: *Cambia, oh Dios, nuestra servidumbre, como el viento del desierto, en soplo refrigerante?*... Pero he desesperado de los republicanos, y no conozco ya ni religion ni sacerdotes.

Quisiera aún, para hacer más seguro tu juicio, hacerle el alma insensible á la piedad, superior á la virtud, indiferente á la dicha. Pero sería exigir demasiado de un neófito. Acuérdate tan sólo, y no te olvides jamás, de que la piedad, la dicha y la virtud, así como la patria, la religion y el amor, son más caras.....